



HAL
open science

Vulnerabilidad y soportes: de la teoría a la investigación empírica

Jose Santiago

► **To cite this version:**

Jose Santiago. Vulnerabilidad y soportes: de la teoría a la investigación empírica. Los Libros de la Catarata. Caras y soportes de la vulnerabilidad, pp.19-42, 2021, 978-84-1352-302-6. hal-04426743

HAL Id: hal-04426743

<https://hal.science/hal-04426743v1>

Submitted on 30 Jan 2024

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Jose Santiago (ed.)

Caras y soportes de la vulnerabilidad



ÍNDICE

PRESENTACIÓN, por Jose Santiago 13

CAPÍTULO 1. VULNERABILIDAD Y SOPORTES: DE LA TEORÍA A LA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA 19

Jose Santiago

Introducción 19

La vulnerabilidad como analizador de nuestro tiempo 20

Formas de la vulnerabilidad: un breve recorrido por algunas teorizaciones
en el trasfondo de la investigación 22

Vulnerabilidad socioexistencial y existencialización de la cuestión social:
el foco de la investigación 26

Soportes y cuidados, ejes de la investigación 30

Agencia, resiliencia 'social' y emociones 34

El momento de la investigación empírica 38

CAPÍTULO 2. LA VULNERABILIDAD: UNA NUEVA REPRESENTACIÓN DE LA VIDA SOCIAL 43

Danilo Martuccelli

Introducción: ¿qué es la vulnerabilidad? 43

Primer tipo ideal: la vulnerabilidad como cuestión humana 45

Segundo tipo ideal: la vulnerabilidad como cuestión social 47

Tercer tipo ideal: la vulnerabilidad socioexistencial 49

Conclusión 57

CAPÍTULO 3. VIDAS EN RECOMPOSICIÓN: VULNERABILIDAD Y (RE)ACTIVACIÓN EN PERSONAS DESEMPLEADAS MAYORES DE 45 AÑOS 59

Fernando J. García Selgas

- Introducción 59
- En el cruce de conversaciones académicas 60
- Matices conceptuales 65
- Resultados 67
- Discusión de algunas cuestiones generales 78
- Conclusiones 82

CAPÍTULO 4. LA CRISIS DE LOS SOPORTES LABORALES: EXPERIENCIAS DE VULNERABILIDAD EN EL DESEMPLEO DE PERSONAS MAYORES DE 45 AÑOS 85

Álvaro Briales y María del Mar Maira Vidal

- Introducción: algunas claves conceptuales e históricas para situar el análisis 85
- Experiencias de la vulnerabilidad en el desempleo y crisis de los soportes laborales en la generación de los setenta 90
- Conclusiones: la crítica del trabajocentrismo y el carácter irreductible de la vulnerabilidad 104

CAPÍTULO 5. 'EL FUTURO ES UN ABISMO': JÓVENES Y PROYECTOS BIOGRÁFICOS EN TIEMPOS DE CRISIS 109

Concepción Castrillo Bustamante y Ana Vicente Olmo

- Introducción 109
- Vulnerabilidad, juventud y crisis. Aclaraciones conceptuales 111
- El contexto social de la juventud española ante la crisis de 2008 113
- La experiencia de la crisis y la vulnerabilidad socioexistencial entre las personas jóvenes 115
- Conclusiones 130

CAPÍTULO 6. JÓVENES, INDIVIDUALIZACIÓN Y SOPORTES: SUJETOS VULNERABLES EN UN CONTEXTO DE TRANSICIÓN INACABADA 135

Antonio Álvarez-Benavides y Matthew L. Turnbough

- Introducción 135
- Individuo y agencia: del *self-made man* al sujeto vulnerable 136
- La conexión subjetiva del individuo y lo social a través de sus soportes 139
- La dimensión simbólica de los soportes 147
- El azar como soporte 154
- Conclusiones 158

CAPÍTULO 7. CUIDADORAS DE LA RED FAMILIAR: PROCESOS DE VULNERABILIZACIÓN Y AUTOGOBIERNO 161

Alba Artiaga Leiras, María Teresa Martín Palomo e Inmaculada Zambrano Álvarez

- Introducción 161
- 'Vamos tirando': organización del bienestar, refamiliarización y vulnerabilidades 164
- 'No puedes con tu cuerpo': implicaciones temporales, materiales y emocionales en las prácticas de cuidados 170
- 'Puedes con ello': psicologización de la vulnerabilidad y otras estrategias de supervivencia 175
- Conclusiones 183

CAPÍTULO 8. CUIDAR (DESDE) LA VULNERABILIDAD: PRÁCTICAS, AGENCIAS Y SOPORTES 185

José María Muñoz Terrón y María Teresa Martín Palomo

- Introducción 185
- Cuidar (de) las vulnerabilidades ajenas 186
- Cuidar desde la propia vulnerabilidad 190
- Cuidar hace (más) vulnerables 195
- Cuidarse: la vulnerabilidad propia, la última en atender 197
- Los soportes de la vulnerabilidad y sus cuidados 202
- Conclusión 207

BIBLIOGRAFÍA 209

INTRODUCCIÓN

En este capítulo se presenta el planteamiento teórico-metodológico de la investigación que ha dado lugar a este libro, fruto del Proyecto "Nuevas formas de vulnerabilidad socioexistencial, soportes y cuidados en España" VULSOCU (CSO2016-76179-R. AEI/FEDER, UE). En primer lugar, se defiende, frente a posturas críticas, el potencial de la vulnerabilidad como analizador de nuestro tiempo. A continuación, se analizan las formas en las que se manifiesta la vulnerabilidad, existencial y social, pasando para ello revista, sin pretensión de exhaustividad, a diversas teorías de gran influencia en la filosofía y la sociología. El resultado de ese recorrido nos conducirá a destacar la forma que adopta en nuestros días la vulnerabilidad como vulnerabilidad socioexistencial y nos situará ante la existencialización de la cuestión social, foco de atención de la investigación. En tercer lugar, nos centraremos en los soportes y los cuidados, categorías que hemos movilizado para analizar el papel que desempeñan en situaciones de vulnerabilidad, lo que nos

1. Jose Santiago es profesor titular de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid y dirige el Instituto Complutense de Sociología para el Estudio de las Transformaciones Sociales Contemporáneas (TRANSOC), al que estuvo adscrito el Proyecto "Nuevas formas de vulnerabilidad socioexistencial, soportes y cuidados en España" (CSO2016-76179-R. AEI/FEDER, UE), coordinado por Jose Santiago. Es también director, con Margarita Barañano, del Grupo de Estudios Socioculturales Contemporáneos (GRESOC) y miembro asociado del Centre Maurice Halbwachs (ENS/EHESS/CNRS).

llevará a adentrarnos, ya en el siguiente apartado, en cuestiones de especial interés para esta investigación: la agencia, la resiliencia y las emociones. Por último, se da cuenta del proceder seguido para la realización de la investigación empírica: el diseño, las poblaciones objeto de estudio, la metodología, así como el trabajo de campo.

LA VULNERABILIDAD COMO ANALIZADOR DE NUESTRO TIEMPO

Desde hace unas décadas asistimos a la creciente utilización del concepto de *vulnerabilidad* en diferentes ámbitos y con distintas finalidades: a) se ha convertido en una *categoría de acción pública* (Soulet, 2005a) empleada por organismos nacionales, internacionales y ONG, dando lugar a la implementación de políticas públicas; b) es una *categoría analítica* crecientemente movilizada por diversas ciencias y por la filosofía (Alwang *et al.*, 2001; Garrau, 2018); c) se ha incorporado al lenguaje de los medios de comunicación y de la vida cotidiana como *categoría de sentido común*, para referirse a distintos colectivos: mujeres maltratadas, familias monomarentales, desempleados mayores de 45 años, etc.

Los avatares que ha experimentado el concepto muestran de qué manera se ha ido desplazando por diferentes dominios del saber. En los años setenta penetra en la literatura psiquiátrica, psicológica, pediátrica y psicoanalítica, y más tarde llega al derecho, a las ciencias medioambientales, la nutrición, la economía, la sanidad y la antropología. En el campo de la sociología, a partir de los años noventa comienza a desplazar y reemplazar a otras categorías como marginales, inadaptados, pobres y excluidos (Thomas, 2010; Brodiez-Dolino, 2014).

Estos desplazamientos han hecho de la vulnerabilidad una categoría utilizada para analizar diversos fenómenos que a veces tienen poco que ver entre sí, lo que se explica también por las distintas tradiciones nacionales. Si nos ceñimos al ámbito anglosajón, de donde procede buena parte de la producción científica sobre la vulnerabilidad, ha habido una gran diferencia en las temáticas de estudio (Misztal, 2011). En Estados Unidos, las ciencias sociales construyeron sus principales narrativas de la vulnerabilidad focalizando la atención en los desastres naturales, las grandes catástrofes y el terrorismo. Las ciencias sociales británicas, por su

parte, se centraron en los enfermos mentales, las minorías étnicas y los sintecho. Junto con estas dos grandes narrativas de origen anglosajón, hay que situar al menos otra que se ha desarrollado específicamente en Francia y de manera más general en la Europa continental. Nos referimos a la que se ha ido conformando alrededor de la llamada "cuestión social", vinculada a las transformaciones del capitalismo y del estado de bienestar. Volveremos a ella en el siguiente apartado.

Debido a su proliferación, la vulnerabilidad se ha convertido en un concepto *catch-all*, un cajón de sastre, lo que ha conducido a algunos autores a desecharlo por perder su valor analítico. Otros argumentos para dejar de utilizarlo apuntan a que es una categoría de sentido común que no ha sido sometida a una ruptura epistemológica. A ello se suma su aplicación demasiado plástica a todo tipo de colectivos y situaciones (por ejemplo, los *brokers* serían también una población vulnerable ante las coyunturas de los mercados financieros) (Thin, 2013). Por último, otras voces críticas entienden que la nueva *episteme de la vulnerabilidad* está despolitizando la "cuestión social" al desplazar a otras categorías que se presentaban siempre en dicotomía y que tenían, por ello, más carga política (ricos/pobres; excluidos/incluidos) (Thomas, 2010).

Todas estas críticas son pertinentes, deben ser atendidas con celo y han de hacernos estar vigilantes ante esta categoría. Pero, frente al rechazo frontal o su utilización plástica, podemos trabajar con una voluntad de solidificar esta categoría dado su estatuto privilegiado como analizador de nuestro tiempo (Brodiez-Dolino, 2014: 20; Soulet, 2005b; ver también el próximo capítulo). Es cierto que la vulnerabilidad es una categoría de sentido común, con sus problemas de polisemia, pero ¿no sucede lo mismo con otras categorías que utilizamos con profusión en las ciencias sociales y más en concreto en sociología? Y, yendo más allá, habría que preguntarse si la sociología ha de construirse frente al sentido común o, por el contrario, debe movilizar las categorías que utilizan los actores. Por lo que se refiere a la despolitización que trae consigo este concepto, estamos convencidos de lo contrario. Cuando atendemos a cómo ha sido conceptualizada la vulnerabilidad por buena parte de la filosofía política y moral y de la sociología, constatamos su profunda carga crítica y política. Por un lado, la filosofía ha movilizó esta categoría en diálogo crítico con el liberalismo. Por otro lado, la sociología ha hecho énfasis

en la desigual distribución social de la vulnerabilidad. Al hacerlo, ambos dominios del saber han teorizado las dos formas principales de vulnerabilidad, contribuyendo así a hacer de la misma un analizador de nuestro tiempo², tal y como veremos en los dos próximos apartados.

FORMAS DE LA VULNERABILIDAD: UN BREVE RECORRIDO POR ALGUNAS TEORIZACIONES EN EL TRASFONDO DE LA INVESTIGACIÓN

Si bien las manifestaciones de la vulnerabilidad son muy variadas, podemos distinguir, con una finalidad analítica, dos formas que derivan de las fuentes de las que emanan. Por un lado, una vulnerabilidad antropológica, constitutiva de la condición humana, fundamental o existencial. Por otro lado, una vulnerabilidad social, relacional, contextual, histórica o política.

La primera forma en la que se manifiesta la vulnerabilidad es en tanto que condición constitutiva de todo ser humano, por el hecho de estar “expuesto” a ser herido (*vulnus*). Como se muestra en el capítulo 2, esta vulnerabilidad antropológica ha sido objeto de diversas lecturas, según se hiciera derivar de la condición moral, biológica, psicológica o existencial del ser humano. En las últimas décadas esta vulnerabilidad antropológica ha sido traída a escena por la filosofía moral y política. Sin pretender ser exhaustivos, haremos referencia, de forma muy sucinta, a tres teorías de especial relevancia³.

Si anteriormente decíamos que la distinción entre las formas constitutivas y sociales de la vulnerabilidad es de índole analítica es debido, y esto es lo que queremos mostrar, a que en las distintas teorías aparecen entreveradas. Es el caso de dos teorías de la

2. La vulnerabilidad como analizador de nuestro tiempo ha de inscribirse en una nueva sensibilidad social, fruto de una nueva semántica en la que adquiere tanto un estatuto ético como político, como se refleja en la forma de concebir a las víctimas (ver capítulo 2; Martuccelli 2017b; Catti, 2017).

3. Merecerían también ser destacadas algunas propuestas de Nussbaum (1995), como las que nos muestran que la “vida buena” se ve amenazada por la fortuna, es decir, “lo que no le ocurre al ser humano por su propia intervención activa, sino lo que simplemente le sucede, en oposición a lo que hace” (ibídem: 31). Nuestra condición vulnerable nos expone a los avatares de la fortuna, a situaciones inesperadas y contingentes que no podemos controlar, que no dependen de nuestra voluntad ni de nuestra acción.

vulnerabilidad constitutiva que la hacen derivar de la naturaleza social de los seres humanos, en tanto que dependientes de otros: la tesis de Honneth sobre el reconocimiento y las teorías del *care*. Para el primero, nuestra condición vulnerable tiene su origen en la dependencia que tenemos de los otros debido al reconocimiento social necesario para la realización individual en las tres esferas en las que este tiene lugar (amor, derecho y solidaridad) (Honneth, 1997). No obstante, esta vulnerabilidad constitutiva adquiere diferentes rostros sociales en función del contexto sociohistórico. Así, en las sociedades liberales actuales, en las que la autonomía ha sido conceptualizada en un marco individualista, las vulnerabilidades se subestiman sin admitir que dicha autonomía está sujeta a las relaciones con los demás, ocultando de este modo nuestra dependencia de las relaciones de respeto, cuidado y estima (Anderson y Honneth, 2005).

Las teorías del *care* también fundamentan la vulnerabilidad constitutiva de los seres humanos en sus dependencias de otros. Nos detendremos algo más en estas teorías dada la relevancia que han tenido en nuestro proyecto (ver también capítulos 7 y 8). Estas éticas del *care* han contribuido de forma decisiva a socavar el mito de la autonomía del individuo, mostrando que este no puede ser concebido de forma abstracta sin la trama de actividades de cuidados que le hace plausible. Por el contrario, las éticas de los cuidados se construyen desde representaciones de los individuos como seres encarnados y tomando siempre como referencia sus vidas ordinarias.

La teorización sobre la vulnerabilidad en las éticas de los cuidados se ha desarrollado de forma progresiva. No es este el lugar para dar cuenta de forma sistemática de esta elaboración (Brugère, 2011), pero sí para señalar uno de sus hitos, la publicación del libro *Moral Boundaries* de Tronto (1993). En él se argumenta que nuestra vulnerabilidad deriva de que tenemos determinadas necesidades que, al no poder satisfacer de manera autosuficiente, nos hacen dependientes de otros. Dicho de otro modo, es por depender del cuidado de los otros que somos seres vulnerables. Esta forma de concebir la vulnerabilidad y la dependencia no tiene un carácter negativo o estigmatizante, ya que son propias de la condición humana: “Las gentes vulnerables no tienen nada de excepcional” (Paperman, 2005). Pero, si bien todos somos vulnerables conforme a nuestra condición humana, la necesidad de cuidados se distribuye de forma desigual en la sociedad en función de la

edad, la funcionalidad, etc., al igual que sucede con la provisión de cuidados, que recaen en las personas menos favorecidas, mientras que los privilegiados transfieren sus cargas de trabajo de cuidados (Tronto, 1993).

La conceptualización de la vulnerabilidad como fruto de las interdependencias y la necesidad de cuidados está también presente en la obra de Butler. A esta vulnerabilidad constitutiva se refiere con el término de *precariousness* (precariedad). Butler hace descansar su teorización de esta forma de vulnerabilidad en una ontología del cuerpo que, a diferencia de otras interpretaciones, no es previa ni preexiste a las significaciones sociales que este asume. De ahí que “[l]a concepción de la ‘precariedad’, más o menos existencial, aparece así vinculada a una noción más específicamente política de ‘precaridad’” (Butler, 2010a: 16). Con este último término (*precarity*), se refiere a la forma social de la vulnerabilidad, la que nace de su desigual distribución según diversos ejes de opresión y privilegio, como la clase, el género, la raza, la sexualidad, etc.

La obra de Butler nos permite hacer así la transición desde la vulnerabilidad constitutiva o antropológica a sus formas sociales y políticas. Nos adentramos por tanto en esta segunda forma de la vulnerabilidad, que emana del contexto sociohistórico, político y económico y de los procesos sociales que debilitan los vínculos y protecciones sociales. Como se señala en el capítulo 2, este tipo de vulnerabilidad tomó creciente importancia a medida que la modernidad creyó poder limitar la vulnerabilidad existencial o humana. A partir de ese momento, la vulnerabilidad se convierte en una cuestión social.

Sin duda, la obra de Castel es la referencia inexcusable para mostrar cómo se configura la vulnerabilidad como fruto de la cuestión social. En un amplio recorrido histórico, Castel (1997) analiza cómo las sociedades han generado protecciones que han permitido a los individuos una mayor o menor integración social. Si en las sociedades premodernas los individuos estaban encastrados en redes comunitarias que les daban seguridad, la llegada de la modernidad trajo consigo un aumento de la vulnerabilidad debido a la desintegración de esas redes. Con la llegada de la sociedad salarial, los individuos se beneficiaron de las protecciones sociales derivadas de su inserción laboral. Sin embargo, en las últimas décadas, la crisis de la sociedad salarial origina una vulnerabilidad

de masas, consecuencia del debilitamiento del Estado protector y de la inseguridad social (Castel, 2004). Pero ¿qué es en concreto la vulnerabilidad? Para Castel (1995), más que un estado, es parte de un proceso, de un *continuum*, en el que la zona de vulnerabilidad se sitúa entre las zonas de integración (de los protegidos) y la de exclusión (de los marginales, desafiados, desfavorecidos).

La vulnerabilidad deriva, según Castel, del debilitamiento de los vínculos sociales y especialmente de los derivados de la inserción laboral, ya que en la sociedad salarial son los que han proporcionado protección a los individuos. Este privilegio del trabajo, y de las protecciones sociales a él asociadas, ha llevado a algunos autores a atender a otro tipo de vínculos sociales y a otras de sus dimensiones. Aquí destacaremos a Paugam⁴, cuyas propuestas sobre el proceso de descualificación son de gran interés para pensar la vulnerabilidad social como complemento a la obra de Castel. Paugam pone especial interés en mostrar que los vínculos sociales articulan dos dimensiones: la protección, pero también el reconocimiento en línea con las tesis de Honneth. Si la protección, como luego veremos, hace referencia a los soportes económicos y políticos, el reconocimiento remite a la mirada del otro, que le provee la prueba de su existencia. Para ilustrar la diferencia entre protección y reconocimiento, Paugam utiliza las expresiones “contar con” y “contar para”. Es, por tanto, la ruptura de los vínculos sociales, con su doble dimensión de protección y reconocimiento, lo que hace al individuo doblemente vulnerable: “El hombre socialmente descualificado es a la vez vulnerable frente al futuro y aplastado por el peso de la mirada negativa que los otros proyectan sobre él” (Paugam, 2012: 18).

Desde 2008 la vulnerabilidad como cuestión social ha dado un nuevo giro de tuerca como consecuencia de la crisis y las políticas de austeridad. El crecimiento de las capas de la población en situación de vulnerabilidad dio lugar a lo que algunos calificaron como una nueva clase social, el precariado (Standing, 2013). Sin entrar en el debate sobre si forma o no una clase social

4. Quiero agradecer a Serge Paugam su acogida en el Centre Maurice Halbwachs en la estancia de investigación que realicé en el curso 2016-2017 gracias a una ayuda de “Estancias de movilidad de profesores e investigadores seniors en centros extranjeros de enseñanza superior e investigación” del MECD. Dicha estancia fue de gran ayuda para el desarrollo de este proyecto. Quiero agradecer también a Catherine Negroni y al comité del grupo de trabajo “Parcours de vie et dynamiques sociales” de la Association Française de Sociologie por la riqueza de nuestros intercambios.

(Wright, 2018), lo que aquí nos interesa destacar son las condiciones que definen al precariado, que “se puede caracterizar por una estructura peculiar de ingreso social que induce una vulnerabilidad que va mucho más allá de la cantidad de dinero recibida en un momento particular” (Standing, 2013: 33). El precariado es vulnerable porque a la escasez de ingresos monetarios se suma la falta de apoyos comunitarios y de otros tipos de ingresos no monetarios complementarios. Su vulnerabilidad, fruto de las diversas formas de inseguridad, no solo se refleja en la falta de recursos, sino que se extiende y permea en lo más profundo de las existencias, generando frustración, resentimiento, anomia, ansiedad y alienación (ibídem: 44-51).

VULNERABILIDAD SOCIOEXISTENCIAL Y EXISTENCIALIZACIÓN DE LA CUESTIÓN SOCIAL: EL FOCO DE LA INVESTIGACIÓN

En el anterior apartado hemos propuesto un recorrido por diversas teorizaciones de la vulnerabilidad con un doble objetivo. Por un lado, mostrar lo que se apuntaba en el primer apartado, la enorme relevancia de este concepto como analizador de nuestro tiempo, lo que esperamos reforzar de aquí en adelante. Por otro lado, y es lo que queremos destacar en este momento, constatar que la mayoría de estas teorizaciones concuerdan, de un modo u otro, en mostrar una creciente imbricación entre la vulnerabilidad como cuestión existencial y la vulnerabilidad como cuestión social.

Estos dos tipos de vulnerabilidad adquieren nuevos perfiles en el momento actual. Pero la especificidad de la vulnerabilidad en nuestros días nace de una novedad: la articulación creciente de cuestiones sociales y existenciales, lo que da lugar a nuevas formas de vulnerabilidad socioexistencial. Retomamos así las tesis de Martuccelli (ver capítulo 2) que están en el origen y han fundamentado la investigación presentada en este libro. Remitiendo a dicho capítulo para una mayor profundización, aquí destacaremos que la vulnerabilidad se inscribe hoy en día en un imaginario específico, en el que se imbrican las cuestiones existenciales y sociales en nuevas reconfiguraciones, lo que se evidencia en un doble movimiento al que Martuccelli se refiere como “societalización de cuestiones existenciales y existencialización de cuestiones

sociales”. Por un lado, las cuestiones existenciales de carácter transhistórico (muerte, enfermedad, soledad, etc.) adquieren nuevas significaciones como fruto de las transformaciones sociales estructurales. Por otro lado, la vida social sitúa a los individuos ante diferentes desafíos (familia, escuela, trabajo, etc.), cuyo enfrentamiento adquiere cada vez más un cariz existencial.

El terreno de estudio de esta vulnerabilidad socioexistencial es, pues, muy amplio y todavía poco explorado por la sociología. En nuestra investigación, como veremos, nos hemos limitado a indagar en una de las manifestaciones de la “existencialización de las cuestiones sociales”. Ciertamente las cuestiones o problemas sociales siempre han estado cargados de implicaciones existenciales, pero la sociología no les prestó, con algunas excepciones, la suficiente atención. Como ha mostrado Martuccelli (2007a: 14-17), la *idea* de sociedad fue la construcción intelectual con la que la tradición sociológica dominante recondujo a una totalidad analítica armoniosa lo característico de la condición social moderna, la distancia insalvable entre lo objetivo y lo subjetivo, entre el individuo y el mundo, fuente de inquietudes existenciales. Fueron los filósofos de la existencia los que prestaron atención a estas cuestiones, limitando los estados existenciales a un pequeño número y concibiéndolos como invariantes antropológicas, cuando en realidad eran algo propio de la condición moderna (Martuccelli, 2011). Por ello, si convenimos con él que es la experiencia de la modernidad la que permite la comprensión de los estados existenciales, son entonces la historia y las relaciones sociales las que fundamentan el análisis socioexistencial y habilitan un mayor campo de estudio: “El *ek-sistere*, el sentimiento de estar fuera, arrojado, expuesto, ya no reenvía solamente a la condición humana y a sus invariantes antropológicas (la angustia, la muerte), sino que concierne a un número mucho más importante de experiencias sociales, donde efectivamente, y de manera más o menos central, los individuos experimentan, sobre modalidades diversas, la inquietud existencial” (ibídem: 26). Una sociología atenta a las cuestiones existenciales debe, pues, dar cuenta de las diversas formas de experimentar estas inquietudes existenciales, no como el fruto de la naturaleza humana, sino como resultado de las relaciones sociales en un momento sociohistórico determinado.

Si la condición social moderna pudo ser la espoleta del desarrollo de una sociología de la existencia, a la que, sin embargo, la

idea de sociedad puso freno, hoy día esta empresa es aún más acuciante debido a que desde hace unas décadas la sociedad está produciendo a los individuos de manera diferente, generando nuevas inquietudes socioexistenciales. Esta transformación se aprecia cuando prestamos atención a los dos pilares que apuntalaron la idea de sociedad, las instituciones y las clases sociales, que permitían “contener” y “sostener” a los individuos, proveyéndoles de programas de acción y marcos de sentido más firmes y estables.

Por un lado, procesos como la desinstitucionalización y la individualización han transformado la relación entre sociedad e individuo, de modo que este ha ido adquiriendo un creciente protagonismo. Las instituciones ya no proporcionan programas de acción como cuando el programa institucional regía las vidas de los individuos (Dubet, 2006); ahora funcionan de un modo muy diferente, marcando prescripciones a los individuos para que se vean obligados a elegir, a tomar decisiones, responsabilizándoles por ello. Una buena muestra de este cambio se encuentra en el espectacular desarrollo de la literatura de autoayuda, en la que los individuos buscan guías de acción que las instituciones ya no proveen. Como señalaba Bauman (2003: 23), “los riesgos y las contradicciones siguen produciéndose de manera social; es solo el deber —y la necesidad— de hacerles frente lo que está siendo individualizado”. Hay una creciente prescripción para “buscar soluciones biográficas a problemas sistémicos” (Beck y Beck-Gernsheim, 2003: 31).

Por otro lado, cada vez es menos plausible defender que las posiciones sociales sostienen y enmarcan a los individuos, reconciliando así lo objetivo y lo subjetivo. Para ser más claros, pongamos como ejemplo la obra de Bourdieu, al menos en su “núcleo duro”, en la que había un ajuste entre posiciones, disposiciones y tomas de posición. En la modernidad tardía es cada vez menos plausible afirmar que las posiciones sociales “contienen” de esta forma a los individuos, lo que habilita el estudio sociológico de las cuestiones existenciales generadas por la distancia entre lo objetivo y lo subjetivo. El propio Bourdieu en sus últimos libros fue más sensible a ello al dar más peso a estos desajustes, afirmando que “siempre existen agentes en falso, desplazados, a disgusto en su lugar y también, como suele decirse, ‘dentro de su piel’” (Bourdieu, 1999: 207) o al observar que existen “habitus desgarrados, dados a la contradicción y la división contra sí mismos, generadora

de sufrimiento” (ibídem: 210). En este sentido, y aunque su orientación sea otra, desde la sociología disposicionalista de Lahire se abre un amplio terreno para el estudio de cuestiones existenciales como consecuencia de los desajustes entre disposiciones incorporadas y condiciones objetivas, pues es muy habitual encontrar individuos con una multiplicidad de disposiciones que no encuentran los contextos para su actualización, o individuos desprovistos de las disposiciones que les permitan enfrentar situaciones más o menos inevitables en sus vidas (Lahire, 2005: 175).

Las instituciones y las posiciones sociales ya no contienen y sostienen a los individuos como lo hicieron décadas atrás. Son ahora ellos los que deben lidiar con situaciones vitales de diversa índole sin los asideros que aquellas les proporcionaban. Como señala Soulet (2005a: 55): “Este contexto societal de incertidumbre y de transferencia de responsabilidad sobre los individuos produce estructuralmente un universo de vulnerabilidad para todos en la medida en que la sociedad no se puede ya concebir como un universo de control normativo de las conductas de sus miembros, sino como un contexto de pruebas y de evaluaciones permanentes a las que deben hacer frente los individuos”. En las sociedades actuales los individuos han de enfrentar diversas pruebas o desafíos de carácter social cargados de implicaciones existenciales (Martuccelli y Santiago, 2017). Pongamos dos ejemplos de dos esferas de experiencia para delimitar mejor a qué nos estamos refiriendo. El mero hecho de que el desafío escolar pueda no ser resuelto con éxito y derive en “fracaso escolar” nos da buena cuenta de las implicaciones existenciales de esta prueba en un momento histórico donde el capital cultural ha tomado una creciente importancia a diferencia de lo que sucedía hace unas décadas, cuando no superar un determinado nivel de estudios no era considerado un “fracaso”. Otro ejemplo lo podemos encontrar en la prueba familiar, en la cual los individuos se enfrentan a una antinomia con clara carga existencial al tener que gestionar el deber moral hacia los otros con la fidelidad hacia uno mismo (Martuccelli, 2006; Santiago, 2015).

Del conjunto de desafíos sociales con carga existencial, en nuestra investigación nos hemos limitado solo a una de las concreciones de la “existencialización de las cuestiones sociales”. Nos referimos a la que se origina precisamente en la llamada “cuestión social” en el sentido más recurrentemente utilizado en las ciencias sociales, tal como hemos visto en el apartado anterior a partir

de la obra de Castel. Es decir, el que nace del aumento de la vulnerabilidad social de masas, fruto del desempleo, la inestabilidad y precariedad laboral y la falta de protección social. Volveremos sobre ello en el último apartado.

Pero antes regresemos al planteamiento según el cual nuestra sociedad está dando lugar a inquietudes socioexistenciales que la sociología debe analizar no como fruto de la naturaleza humana, sino en el marco de las relaciones sociales en un contexto histórico determinado. Debemos, por ello, preguntarnos cómo se manifiestan esos estados socioexistenciales en nuestros días. Creemos fecunda la hipótesis que sostiene Martuccelli (2011), y que ha dinamizado nuestro proyecto de investigación, según la cual estaríamos en un nuevo periodo existencial, en el que esas inquietudes ya no tendrían tanto que ver con el sentido de la existencia, como con una cuestión más vital, más energética⁵, que nos remite al sostenimiento de los individuos en sus vidas cotidianas y que nos sitúa ante los soportes.

SOPORTES Y CUIDADOS, EJES DE LA INVESTIGACIÓN

En nuestro afán por estudiar la vulnerabilidad socioexistencial y de forma más específica la existencialización de la cuestión social en nuestros días, hemos tomado en cuenta dos ejes, los soportes y los cuidados. Nos detendremos más en los primeros dado que adquirieron un mayor perfil en el desarrollo de la investigación; han sido menos tratados por la literatura sociológica y abren nuevas líneas de investigación para el análisis de sus relaciones con aquellos.

Para entender cómo hemos movilizadado la categoría de los soportes, vamos a partir de la obra de Castel, aunque nuestra concepción ha sido más amplia. Si bien su teorización de los soportes aparece en diversos lugares de su obra, es en *Propriété privée, propriété sociale, propriété de soi* donde de forma más precisa desarrolla este concepto en el marco de unas entrevistas con Haroche sobre la construcción del individuo moderno. Para Castel, los soportes

5. Podemos así entender la relevancia que tiene hoy en día la depresión, en sentido clínico y como analizador del cambio social de las últimas décadas, como resultado de un déficit de energía ante las crecientes prescripciones sobre los individuos de la sociedad actual (Ehrenberg, 2000; Han, 2012).

son las condiciones objetivas de posibilidad para constituirse como individuo: "No hay individuo sin soportes". De forma más específica, señala que "hablar de soporte en este sentido es hablar de 'recursos' o de 'capitales' en el sentido de Bourdieu, es la capacidad de disponer de reservas que pueden ser de tipo relacional, cultural, económico, etc., y que son los cimientos sobre los que se puede apoyar la posibilidad de desarrollar estrategias individuales" (Castel y Haroche, 2001: 30).

En el marco de su obra, el interés de Castel reside en las transformaciones históricas experimentadas por los soportes, focalizando la atención en el advenimiento de la modernidad y en la sociedad salarial. En la sociedad premoderna los individuos estaban encastrados en vínculos comunitarios que les proveían de soportes estatutarios. La llegada de la modernidad supone un cambio cualitativo al ser estos sustituidos por el soporte de la propiedad privada, que posibilita dar consistencia al individuo cuando deja de estar inscrito en los roles de las sociedades tradicionales. Sin embargo, el soporte-propiedad estaba limitado a los individuos que gozaban de ella, dejando al margen a los que solo disponían de su fuerza de trabajo. A finales del siglo XIX y más claramente en el siglo XX un nuevo tipo de soporte viene a cubrir esta laguna para las clases no propietarias, la propiedad social, que, sin ser privada, era análoga y desempeñaba la misma función. De este modo, las clases trabajadoras gracias a este nuevo soporte podían acceder a la propiedad de sí mismos, es decir, comenzar a existir por y para ellos mismos y ser dueños de su destino.

Sin embargo, la crisis de la sociedad salarial de las últimas décadas le hace ver a Castel que los soportes de la propiedad social se van haciendo más débiles dejando de lado a importantes capas de la población que pasan a ser "individuos por defecto" (Castel y Haroche, 2001: 107-161). Es decir, individuos que, al no disponer de las protecciones colectivas, pierden la posibilidad de conducir sus vidas con un mínimo de autonomía: "son *menos* individuos en el sentido de poder desarrollar estrategias personales, de tener por ellos mismos y para ellos mismos márgenes de maniobra" (ibídem: 121).

En la investigación que aquí presentamos hemos tenido muy presente esta concepción de Castel sobre los soportes. Sin embargo, hemos ido más allá de ella al considerarla un poco limitada, lo que ha sido reconocido por él mismo al señalar que su interés

por ellos quedaba circunscrito al propósito de su obra sobre la sociedad salarial. De hecho, es precisamente la crisis de la sociedad salarial la que, según señala, hace que cada vez más individuos necesiten otros soportes que el trabajo y las protecciones a él vinculadas (Castel, 2014: 299). Pero si bien Castel se abre a considerar otro tipo de soportes, la mayor limitación de su aproximación es su forma de concebirlas, pues, si en definitiva son recursos o capitales, no se entiende por qué habría que denominarlos de ese modo y presentarlos como las condiciones *sine qua non* de la propia existencia de los individuos.

Es en este sentido que consideramos necesario extender la concepción de los soportes más allá de la protección que generan como recursos y capitales. Por dos motivos: en primer lugar, debido a nuestro objetivo de investigar la vulnerabilidad socioexistencial, lo que nos ha hecho prestar atención a los soportes de carácter socioexistencial; en segundo lugar, y más de allá de una cuestión específica de nuestra investigación, por considerar que la propuesta de Castel, siendo un lugar de paso obligado, sin embargo no presta atención a este otro tipo de soportes sin los cuales la existencia tampoco es plausible. Por ello hemos retomado las tesis de Martuccelli (2007a y 2007b), cuya perspectiva enlaza con la de Castel al sostener que no hay individuo sin soportes: "El individuo no es aprehensible más que desde (un) conjunto de soportes, materiales y simbólicos, activamente estructurados o pasivamente padecidos, siempre reales en sus efectos y sin los cuales, propiamente hablando, el actor no subsistiría" (Martuccelli, 2007a: 77). Al igual que con Castel, considerar que no hay individuos sin soportes socava la representación dominante de la modernidad occidental del individuo soberano que se sostiene desde el interior. Pero, para Martuccelli, esos soportes deben ser investigados tanto con un análisis sociológico como con un análisis existencial, de ahí la necesidad de estudiar no solo los soportes económicos y políticos, sino también los soportes socioexistenciales. Soportes que, a diferencia de Castel, no son solo capitales o recursos de los que dispone el individuo y que le confieren protección, pues, si bien pueden ser movilizados en determinadas ocasiones como capitales, su modo de operar es otro, como lo muestra el que no estén necesariamente bajo el control de los individuos, listos para ser movilizados. De hecho, pueden escapar a la conciencia, es decir, en muchas ocasiones no son percibidos como tales, más

si tenemos en cuenta la representación que todavía impera del individuo soberano que se mantiene desde el interior. En efecto, el nivel de conciencia de los soportes puede variar desde la más absoluta inconciencia a diversos grados de conciencia, situándose en muchos casos en zonas más o menos opacas. Es más, como sostiene Martuccelli, la toma de conciencia de los soportes en muchas ocasiones no puede alcanzar un determinado umbral, pues de lo contrario el individuo podría derivar en actitudes cínicas al socavar su representación como individuo hecho a sí mismo. De igual modo, esta autoimagen puede verse resentida cuando un soporte, o conjunto de soportes, se moviliza de forma recurrente, lo que puede dar lugar a que sea percibido como dependencia (Martuccelli, 2007a: 83).

Siguiendo esta línea, en nuestro proyecto hemos indagado en los soportes que sostienen a las personas en situación de vulnerabilidad, analizándolos en tanto que capitales movilizados para hacer frente a esta situación, pero también mostrando cómo operan socioexistencialmente. No solo, por tanto, hemos prestado atención a los soportes materiales, también a los simbólicos, lo que nos ha llevado a ahondar en todo tipo de soportes: trabajo, familia, instituciones, vecinos, animales, actividades, discursos, etc. Esta apertura del análisis de los soportes, más allá del trabajo y los derechos a él vinculados, ha estado también motivada por la especificidad de la sociedad española, toda vez que el familismo obliga a dar un estatuto más relevante a otro tipo de soportes, especialmente los familiares, que, no obstante, también muestran sus límites, como se refleja en su carácter ambivalente (ver el capítulo 6).

En el análisis de los soportes nos han interesado diferentes aspectos: ¿cuál es el grado de conciencia que de ellos se tiene? ¿Cómo se representan a sí mismas las personas en situación de vulnerabilidad, como individuos que "se mantienen desde el interior" o que son "sostenidos y soportados" por un entramado de (inter)dependencias? ¿Qué grado de reflexividad se tiene con respecto a los soportes o por el contrario no son percibidos o aparecen en zonas de claroscuro? ¿Cuál es su grado de visibilidad, desde los más confesables a aquellos, fácilmente objetivables desde el exterior, que sin embargo son invisibles para los actores y aparecen difícilmente en el discurso? ¿Cuál es su grado de legitimidad (desde los más legítimos como el trabajo a los patologizados

como el alcohol y las drogas)? ¿En qué situaciones aparecen como soportes estigmatizantes o ambivalentes? ¿Cómo influye la falta de los soportes laborales y la crisis de los soportes de protección pública en otros soportes como los familiares o relacionales? (ver especialmente el capítulo 4.) ¿Qué papel juega el reconocimiento, en línea con las tesis de Honneth y Paugam, como soporte en situaciones en las que las personas tienen grandes obstáculos para reconocerse a sí mismas y ser reconocidas como autónomas (ver especialmente el capítulo 5)? Con esta investigación hemos querido así contribuir al desarrollo de una sociología de los soportes socioexistenciales, poco explorada aún por la tradición sociológica.

Si no hay individuo sin soportes, tampoco hay individuo sin cuidados, tal y como nos han hecho ver las teorías del *care*. En nuestra investigación, conforme a la idea de analizar la existencialización de la cuestión social, nos hemos interesado en el modo en el que las personas en situación de vulnerabilidad social experimentan los cuidados. ¿Cuáles son sus representaciones y prácticas de cuidados? ¿Qué conciencia se tiene de ellos, de la vulnerabilidad y de la interdependencia? ¿Qué significa cuidar, cuidarse y ser cuidado en estas situaciones? ¿Qué imagen de sí mismos devuelven los cuidados a los individuos? ¿Hasta qué punto el cuidado se nos revela como un soporte socioexistencial para las personas cuidadoras? ¿Qué lugar ocupa el autocuidado en tanto que soporte? ¿Qué reconocimiento reciben las personas cuidadoras o es un deber moral el que las mueve? Las respuestas diferirán según la mayor o menor cercanía con los cuidados, como se ha evidenciado en el trabajo de campo.

AGENCIA, RESILIENCIA 'SOCIAL' Y EMOCIONES

En nuestro trabajo, como ha quedado ya dicho, no solo hemos analizado las experiencias de vulnerabilidad socioexistencial, sino también cómo los individuos les hacen frente y el lugar que en ello ocupan los soportes y los cuidados. Esperamos así contribuir a los trabajos que analizan la agencia en situaciones de vulnerabilidad (Châtel y Soulet, 2003; Martínez, 2019). Un campo de estudio no muy transitado al haberse considerado que vulnerabilidad y agencia son dos conceptos que se excluyen, dado que el primero ha sido asociado con la pasividad, la debilidad y la cobardía como

opuestas a la actividad, la agencia y el coraje (Butler *et al.*, 2016). Las relaciones entre la vulnerabilidad y la agencia se nos revelan, sin embargo, con mucha mayor complejidad, lo que hace necesario que se preste más atención a las agencias en situación de vulnerabilidad. Recientemente Martínez (2019) ha vuelto sobre las dificultades que ha tenido la ciencia social a la hora de pensar la agencia desde la vulnerabilidad y que derivan de los atributos que se adscriben a aquella: la agencia como propiedad de un sujeto, normado, cuya acción se realiza con arreglo a fines y con una finalidad transformadora o resistente. Concebida así, es poco plausible pensar la agencia desde la vulnerabilidad, pero una vez que marcamos distancia con esos atributos podemos ver cómo adopta otros perfiles.

La dificultad de pensar la agencia desde la vulnerabilidad por parte de la sociología deriva, en cierta medida, de la amplitud de colectivos que han sido investigados bajo esa categoría. En muchos casos haciendo referencia a situaciones en las que en principio se tiene poco margen de acción, como la pobreza extrema y la exclusión. Pero si aplicamos la categoría de vulnerabilidad, como lo hemos hecho en nuestro proyecto, a colectivos que, en línea con lo que señala Castel, se encuentran en una zona en la que no se sienten protegidos, pero tampoco en situaciones extremas de pobreza o exclusión, la agencia se nos muestra como concomitante con la vulnerabilidad. Como señala Soulet, el carácter potencial de la vulnerabilidad ha de llevar necesariamente a tomar en consideración la acción. El hecho de que esta categoría haga referencia a la potencialidad de ser herido implica que se puede actuar para contener o impedir que esa amenaza se concrete. Por ello, "en el esquema conceptual de la vulnerabilidad los individuos están dotados por esencia teórica de la competencia de actuar. Se trata en este sentido de una noción intrínsecamente habilitante" (Soulet, 2014: 34).

Este planteamiento y la transformación de la relación entre la sociedad y los individuos, que sitúa a estos ante una serie de desafíos sociales que adquieren un carácter existencial, nos ha hecho poner el foco de atención en el trabajo que los individuos realizan sobre sí mismos. Citemos la célebre frase de Sartre (1952: 63): "Lo importante no es lo que han hecho de nosotros, sino lo que nosotros hacemos con lo que la sociedad ha hecho de nosotros". En nuestro proyecto nos han interesado ambas cuestiones. Por un

lado, lo que la sociedad hace de los individuos, lectura canónica de la sociología: ¿cómo la sociedad genera vulnerabilidad y cómo esta condiciona nuestras vidas? Por otro lado, lo que las personas en situación de vulnerabilidad hacen con lo que la sociedad ha hecho de sus vidas. Este doble proceder nos ha conducido a lecturas diversas. Si retomamos el diagnóstico de Castel, la vulnerabilidad incrementa la incertidumbre vital, socava el sentido biográfico e impide a los individuos conformarse como tales. Una lectura en una línea similar es la que ofrecía Sennett (1998) haciendo énfasis en la corrosión del carácter a la que abocan las situaciones de vulnerabilidad. Estas interpretaciones, más o menos dramáticas, sobre la incertidumbre biográfica (Ramos, 2020: 30-33) están presentes a lo largo de este libro, pero, junto a ellas, el trabajo de campo nos ha hecho ver otros aspectos más positivos (ver capítulo 3). Se podría pensar por ello que se ha caído en la “trampa” del pensamiento positivo (Ehrenreich, 2018), pero también hay lugar para otro tipo de interpretaciones. Una de ellas, no necesariamente incompatible con aquella, nos muestra que ese pensamiento positivo puede ser un soporte socioexistencial de enorme valor para sostenerse en situaciones de vulnerabilidad (ver capítulo 5). Otra lectura alternativa nos ha hecho ver que el cambio en el itinerario biográfico como consecuencia de vivir una situación de vulnerabilidad puede dar lugar a experimentar una relación con el mundo con mayor (o con otros ejes de) resonancia (Rosa, 2019a).

La relevancia que le hemos dado a la agencia, al trabajo sobre sí mismos que hacen los individuos en situaciones de vulnerabilidad nos ha hecho prestar atención a una categoría crecientemente utilizada, la resiliencia. Una categoría que, aplicada al comportamiento humano especialmente por parte de la psicología, ha puesto el énfasis en las capacidades internas del individuo, en sus competencias, habilidades, estrategias, etc., para hacer frente a las situaciones de vulnerabilidad. La resiliencia en este sentido participa por tanto de la concepción del individuo que se hace a sí mismo, y que ante las adversidades se sabe recomponer desde su interior. Esta conceptualización ha provocado que muchos sociólogos hayan atacado frontalmente este concepto al entender que no presta la suficiente atención a los condicionamientos sociales y políticos y carga toda la responsabilidad sobre las espaldas de los individuos. Sin embargo, otros sociólogos, cuyo proceder nos parece de mayor interés, asumiendo estas críticas, han resignificado

la categoría sociologizándola, hablando así de resiliencia social (Kecky Sakdapolrak, 2013; Revilla *et al.*, 2017; Serrano *et al.*, 2019). En nuestra investigación hemos entrado en diálogo con estos enfoques en dos sentidos. Por un lado, mostrando hasta qué punto la propia categoría de resiliencia, incluso social, invisibiliza otros tipos de agencia de las personas en situación de vulnerabilidad, que, más que resistir y adaptarse, se reactivan, se recomponen (ver capítulo 3). Por otro lado, y en relación con algunas lecturas de la resiliencia social que se centran en sus dimensiones comunitaria y política, hemos estado atentos a ver de qué modo estas aparecían en el trabajo de campo, pero sin privilegiar su estudio. No hay una resiliencia social opuesta a una resiliencia individual. El individuo no puede ser concebido más allá de sus soportes y es en ellos y en el trabajo que hace sobre ellos, y no en “misteriosas” capacidades subjetivas, donde reside su capacidad de resiliencia (Sttetter, 2004; Martuccelli, 2007a: 96-97).

Las experiencias de vulnerabilidad socioexistencial y el modo de hacerles frente nos situaron también ante las emociones, un área de investigación de suma relevancia en el análisis de la “existencialización de cuestiones sociales”, en el cual las vivencias y el sentir de los individuos no solo son parte del objeto de estudio, sino que además tienen una función heurística para delimitar los desafíos sociales que enfrentan los individuos (Martuccelli y Santiago, 2017: 94). Hemos profundizado en las emociones que se generan en situaciones de vulnerabilidad (vergüenza, miedo, culpabilidad, etc.) y el efecto que tienen en la subjetividad. Ciertamente, y como parecería de sentido común, la mayor parte de las emociones que hemos hallado en el trabajo de campo son de carácter negativo, lo que confirma la tesis de la estratificación social del bienestar emocional (Bericat, 2018). Sin embargo, y como señalábamos anteriormente, también hemos encontrado otros estados emocionales de carácter positivo, por lo que no hemos limitado nuestros análisis a la perspectiva de una sociología de la desigualdad de los recursos, sino que la hemos complementado con una sociología de la relación con el mundo (Rosa, 2019a), al mismo tiempo que hemos reservado un espacio para el trabajo emocional que los individuos realizan sobre sí mismos. No nos referimos al trabajo emocional público al que hace referencia Hochschild (2008), sino a una regulación de las emociones en el ámbito privado e íntimo, en donde la norma del sentir se evidencia

por ejemplo en el hecho de experimentar emociones como si fueran ilegítimas o defectuosas, como en el caso de las cuidadoras de familiares (ver capítulo 7).

EL MOMENTO DE LA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

El estudio empírico de la vulnerabilidad se presta a varios tipos de investigación. Todos los seres humanos somos vulnerables. No hay individuo sin soportes y cuidados. La población objeto de estudio no puede quedar por tanto limitada a las "poblaciones vulnerables", forma de calificar (¿y estigmatizar?) a los colectivos a los que se adscribe esa condición en contraste con los individuos autónomos, independientes, autosuficientes, hechos a sí mismos. Sin duda que esta representación tan asimétrica hace necesario investigar las formas de vida de todos los que se conciben de esta manera para develar(les) sus múltiples (inter)dependencias, soportes y cuidados. La orientación de este proyecto ha sido sin embargo otra. Ciertamente todos los seres humanos somos vulnerables y también es verdad que hay muchos indicadores para sostener que las transformaciones estructurales de la modernidad tardía generan vulnerabilidad a cada vez más sectores de la población en diversos ámbitos de sus vidas. Pero también es cierto que hay determinadas circunstancias y momentos a lo largo de la vida de un individuo que pueden hacer que su situación de vulnerabilidad sea más acentuada (enfermedades, ancianidad, etc.). En nuestra investigación, conforme al planteamiento visto más arriba, hemos focalizado la atención en colectivos en situación de vulnerabilidad derivada de la cuestión social. Es decir, nos hemos centrado en capas de población con situaciones socioeconómicas precarias (desempleo, inestabilidad laboral, bajos salarios, protección social baja o inexistente), si bien en ocasiones estos sectores proceden de las clases medias-altas, lo cual nos muestra hasta qué punto los procesos de vulnerabilización permean en amplias capas de la población, si bien de forma desigual.

Para delimitar la zona de vulnerabilidad a la que hace referencia Castel de cara a la investigación empírica, tomamos en cuenta diversos referentes tanto teórico-conceptuales como indicadores cuantitativos. Recogiendo diversas propuestas, hemos tenido en cuenta la falta de empleo o la inestabilidad laboral, los

bajos salarios y la falta o escasez de prestaciones sociales. Con el objetivo de delimitar los bajos salarios, y el umbral a partir del cual, incluso percibiendo prestaciones sociales, una persona se encuentra en esta zona de vulnerabilidad, recurrimos a un indicador de renta, que nos permitió finalmente realizar el trabajo de campo con personas cuya renta se encontraba en torno al 60% de la mediana, que marca el umbral de la pobreza.

Para la selección de las personas que participaron en el trabajo de campo, se partió de la unidad de consumo del hogar, de tal forma que utilizamos el concepto de renta equivalente del hogar, que permite estandarizar los hogares en función del número de unidades de consumo equivalentes que lo componen. De este modo, se tuvieron en cuenta las economías de escala que se dan cuando los miembros del hogar comparten sus ingresos. Para operacionalizarlo utilizamos la escala de la OCDE modificada, que asigna al primer adulto un peso de 1, a los demás adultos un peso de 0,5 y un peso de 0,3 a los menores de 14 años.

Fijados estos indicadores de renta, el equipo del proyecto de investigación tomó la decisión metodológica de seleccionar a las personas que iban a formar parte del trabajo de campo tomando como referencia la renta por comunidades autónomas y no la nacional, lo que finalmente nos condujo a realizar el trabajo de campo en las comunidades de Andalucía, Madrid y País Vasco. Esta decisión fue tomada por tres motivos. Por un lado, nos permitía analizar de qué modo la vulnerabilidad puede ser experimentada socioexistencialmente de forma distinta en regiones con más o menos renta (la del País Vasco es prácticamente el doble que la de Andalucía). Por otro lado, nos permitió comparar el papel diferencial de la protección social (en el caso vasco mayor que en Madrid y Andalucía). Por último, esta decisión nos llevó a extender geográficamente el trabajo de campo a través de un eje norte-sur, en tres regiones con diferentes particularidades.

Establecidos los criterios generales de selección de la población objeto de investigación en términos tanto de desempleo e inestabilidad laboral como de renta, la investigación centró su foco de atención en tres perfiles o colectivos: jóvenes entre 25-35 años, personas desempleadas mayores de 45 años (con un máximo de 59) y cuidadoras entre 30 y 64 años que se ocupan de familiares con necesidades cotidianas intensas de cuidados, como consecuencia de envejecimiento, accidente, enfermedad crónica

o discapacidad. Dadas las características de estos tres colectivos, establecimos como hipótesis de partida que en ellos se concentraban formas de vulnerabilidad socioexistencial que, dado nuestro planteamiento teórico, merecían ser analizadas. En el caso de las personas jóvenes, el anhelo de independencia y autonomía para construir un proyecto propio se torna en un "futuro que es un abismo", dificultando la transición (nunca acabada) a la vida adulta (ver capítulos 5 y 6). Para las personas mayores de 45 años, la pérdida del empleo y/o la inestabilidad laboral, con la consiguiente crisis de los soportes laborales, genera fuertes desajustes entre las disposiciones y expectativas con las nuevas condiciones objetivas de existencia, dando lugar a experiencias de vulnerabilidad socioexistencial y a formas diversas de agencia con las que hacerles frente (capítulos 3 y 4). Por último, las cuidadoras de familiares, que en muchas ocasiones llegan a serlo como consecuencia de una situación de precariedad económica (como una pérdida de empleo), que las lleva a asumir el cuidado de familiares vulnerables, lo que tiene como consecuencia que ellas mismas sean más vulnerables socioexistencialmente (capítulos 7 y 8).

Conscientes de la vigilancia epistemológica que la sociología debe tener ante categorías que engloban a un conjunto de personas solo por su edad (Bourdieu, 2000; Martín Criado, 1998), en la selección de las poblaciones a estudiar hemos también tenido en cuenta el origen de clase social. Pretendíamos además así analizar el efecto de la movilidad social descendente en las experiencias de vulnerabilidad. Para ello, tomamos en cuenta la movilidad intergeneracional en el caso de los jóvenes y la movilidad intrageneracional para los mayores de 45 años. Nos interesaba analizar de qué modo los jóvenes procedentes de clases medias y especialmente de clases medias-altas experimentan la vulnerabilidad y los aspectos diferenciales con respecto a los jóvenes que provienen de clases populares. En el caso de los y las mayores de 45, se buscaba profundizar en las experiencias de vulnerabilidad cuando se han tenido posiciones acomodadas en el pasado, propias de las clases medias-altas, en comparación con los que no han experimentado movilidad social. Con el fin de seleccionar a las personas procedentes de clases medias-altas, tomamos en cuenta diversos criterios de la literatura sobre clases sociales, que finalmente recondujimos a la ocupación y la renta (de los padres en el caso de los jóvenes, de las personas mayores de 45 antes de encontrarse en situación de vulnerabilidad). La ocupación requería que

para poder ser ejercida fuera necesario tener capital cultural institucionalizado de nivel universitario. Por lo que respecta a la renta, se estableció, en línea con otros estudios, un tramo entre el 130% y el 160% de la mediana, teniendo en cuenta que este porcentaje se calculó a partir de la renta de las comunidades autónomas donde realizamos el trabajo el campo, por los mismos motivos que referíamos anteriormente.

Junto con la edad y la clase social, la otra variable sociodemográfica que ha ocupado un lugar central en nuestro análisis es el género, dadas las diferencias que se observan entre hombres y mujeres en las experiencias de vulnerabilidad, más aún si se ponen en relación con los soportes y los cuidados. La representación del individuo que se hace a sí mismo ha sido propia de hombres sostenidos por un entramado de soportes y cuidados que, sin embargo, eran invisibilizados, haciendo así posible la ficción del *self-made man* que todavía pervive en el ideal *masculinista* de la masculinidad invulnerable (ver capítulos 4 y 6). Como se verá en los distintos capítulos, el género juega un papel diferenciador en diversos aspectos. Por último, en el diseño de la investigación también tomamos en cuenta otras variables como la etnia, la diversidad funcional, la condición migrante y rural.

Dado el objeto de la investigación, la metodología cualitativa, mediante grupos de discusión y entrevistas semidirigidas, era la idónea. Ciertamente hay un amplio terreno para la operacionalización de variables y la construcción de indicadores para estudiar la vulnerabilidad socioexistencial y los soportes a través de una metodología cuantitativa. Pero la naturaleza del objeto de estudio, el modo de operar y el carácter abierto de los soportes han de llevarnos, como señala Martuccelli (2007a:80), a marcar distancias con algunas formas de operacionalización metodológica con las que se corre el riesgo, creciente hoy en día en la sociología, y más aún dado nuestro objeto de estudio, de que "el problema de la medición prime sobre la naturaleza de la problemática" (ibidem). Otro riesgo que enfrentamos, esta vez en el desarrollo del trabajo de campo, derivaba precisamente de la naturaleza socioexistencial de nuestra problemática, ya que los discursos corrían el peligro de deslizarse y quedar atrapados, al modo de Escila y Caribdis, o bien pivotando sobre la precariedad económica, la dificultad de encontrar empleo, la crisis, etc., o bien en un terreno psicológico o incluso terapéutico, lejos de nuestros objetivos.

El trabajo de campo se realizó en dos periodos, 2018 y 2019, en los que se hicieron los grupos de discusión y las entrevistas respectivamente. La contactación de las personas participantes en el trabajo de campo fue realizada por cooperativas y personas (ver presentación) con arraigo y logística en las ciudades de Madrid, Sevilla, Bilbao, Granada, Almería y Carboneras. En este libro se presentan algunos de los resultados del análisis de 9 grupos de discusión y 60 entrevistas semidirrectivas. Tras el análisis hicimos 7 grupos de restitución cuya finalidad fue devolver a los 3 colectivos algunos de los análisis que aparecen en este libro. Estos grupos de restitución tuvieron que ser realizados *online* debido a la pandemia del coronavirus. Los grupos de discusión fueron los siguientes. 4 grupos de mayores de 45 años (con una edad máxima de 59 años): hombres procedentes de clases populares (Bilbao); mujeres procedentes de clases populares (Madrid); hombres con origen en clase media-alta (Madrid); y mujeres con origen en clase media-alta (Sevilla). 3 grupos fueron realizados con jóvenes: mixto de 30-35 años con origen en clase media-alta y con estudios universitarios⁶ (Madrid); mujeres de 25-30 años (Bilbao) y hombres de 25-30 años (Sevilla), en ambos casos procedentes de clases populares. Dos grupos estuvieron compuestos por cuidadoras que se ocupan de familiares con necesidades cotidianas intensas de cuidado: cuidadoras de 30-50 años (Granada) y cuidadoras de 51-64 años (Madrid). Las entrevistas fueron realizadas en los municipios anteriormente señalados, excepto en Granada. Las que han sido objeto de análisis para este libro se distribuyen de la siguiente manera: 22 a mayores de 45 años; 19 a jóvenes entre 25-35 años; y 15 a cuidadoras de 30-64 años. Los perfiles en la mayoría de los casos fueron los mismos que los de los grupos de discusión, aunque también se realizaron 15 entrevistas a personas que dentro de esos colectivos contaban con diversos perfiles en función de la etnia, la funcionalidad, la condición de migrante y rural; también se hicieron entrevistas a dos cuidadores de familiares, lo que permitió realizar comparaciones con las cuidadoras (ver capítulos 7 y 8).

6. A diferencia de las personas jóvenes con origen en clases populares, cuyas edades se fijaron entre 25 y 30 años al tener una incorporación más temprana al mercado laboral, en el caso de los y las jóvenes procedentes de clases medias-altas las edades se establecieron entre los 30 y 35 años con idea de que tras su periodo de formación universitaria hubiesen tenido un cierto recorrido en el mercado laboral.

CAPÍTULO 2

LA VULNERABILIDAD: UNA NUEVA REPRESENTACIÓN DE LA VIDA SOCIAL

DANILO MARTUCELLI⁷

INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ ES LA VULNERABILIDAD?

La noción de *vulnerabilidad*, a pesar de su imprecisión y polisemia, se ha ido consolidando como un término clave en las ciencias sociales en las últimas décadas⁸. Si su uso está lejos de ser consensuado, es posible formular la hipótesis que su creciente importancia testimonia de una nueva sensibilidad colectiva. Este es el verdadero alcance y ambición de la categoría de vulnerabilidad: convertirse en una representación que dé cuenta de manera específica del espíritu de la época, de la cuestión humana, de las posiciones sociales.

A diferencia de otros conceptos como la *pobreza* (que incluso en el caso de la pobreza relativa mide una brecha de ingresos), la vulnerabilidad designa un proceso más dinámico y difícil de cuantificar. En cuanto a la noción de *exclusión*, el término designa, en sus usos más ambiciosos, tanto un estado objetivo como un proceso plural de pérdida de vínculos sociales y, detrás de esta doble realidad, la aparición —o la amplificación— de toda una serie de problemas (inserción salarial, salud, aislamiento). En cuanto a la categoría de *precariedad*, a veces utilizada como sinónimo de exclusión, con este término se enfatiza la inestabilidad y la fragilidad específicas de ciertas posiciones o trayectorias sociales.

7. Danilo Martuccelli es profesor catedrático en Université de Paris - Universidad Diego Portales.

8. Este texto retoma y profundiza aspectos abordados en Martuccelli (2014a, 2017a y 2017b).